

“EL ARTE DE PROFETIZAR”¹

²³ *Si tuviese cerca de él
Algún elocuente mediador muy escogido,
Que anuncie al hombre su deber;*
²⁴ *Que le diga que Dios tuvo de él misericordia,
Que lo libró de descender al sepulcro,
Que halló redención;*
²⁵ *Su carne será más tierna que la del niño,
Volverá a los días de su juventud.*
²⁶ *Orará a Dios, y este le amará,
Y verá su faz con júbilo;
Y restaurará al hombre su justicia.*
²⁷ *Él mira sobre los hombres; y al que dijere:
Pequé, y pervertí lo recto,
Y no me ha aprovechado,*
²⁸ *Dios redimirá su alma para que no pase al sepulcro,
Y su vida se verá en luz.*
²⁹ *He aquí, todas estas cosas hace Dios
Dos y tres veces con el hombre,*
³⁰ *Para apartar su alma del sepulcro,
Y para iluminarlo con la luz de los vivientes”.*

Job 33:23-30

Introducción

El que pronunció estas palabras fue un hombre llamado Eliú. Él era uno de los amigos de Job que vinieron para consolarlo ante su gran pérdida. Lo extraño es no se le menciona en Job 2:11-13. Posiblemente esto se debe a que era más joven que los otros (ver Job 32:1-10). Sus palabras en Job 32:11-12 indican que no quedó nada contento con lo que los otros tres habían dicho. Se atreve a afirmar que era para que no se jacten y pequen de orgullo: “*Para que no digáis: Nosotros hemos hallado sabiduría*” (v. 13a). Añade que el único que podrá convencer a Job de su pecado es Dios: “*Lo vence Dios, no el hombre*” (v. 13b).

A pesar de esta afirmación, Eliú procede a elaborar sus propias respuestas: “*Por eso yo también responderé de mi parte; también yo declararé mi juicio*” (v. 17). Afirma que no solo está “*lleno... de palabras*”, sino que el Espíritu Santo es quien lo ha iluminado (ver vv. 8-10). Usa el cuadro del Espíritu Santo como el vino nuevo que “*rompe... odres nuevos*” (v. 19; ver Ef. 5:18 y Mt. 9:17).

En el siguiente capítulo, se dirige a Job como un hombre creado por el Espíritu de Dios (Job 33:4) y que habla a Job “*en lugar de Dios*” (Job 33:6). Job había pedido hablar con Dios cara a cara (Job 23:3-5), y Eliú se atreve a decir que él está ahí delante de Job para hablar en el nombre de Dios. Claramente, aunque era el más joven de los cuatro amigos de Job, Eliú era el más orgulloso, a pesar de su aparente humildad (Job 32:6-7).

Al igual que los otros tres amigos de Job, Eliú estaba totalmente equivocado en su análisis de la experiencia de Job. Sin embargo, lo extraño es que no hay duda que en Job 33:14-30 Eliú afirma grandes verdades acerca de lo que Dios hace para salvar al pecador. Primero, le habla personalmente, para detenerlo de alguna mala acción (vv. 14-18). Si eso no funciona, Dios es capaz de enviarle enfermedades

¹ Este estudio es una adaptación de la sección “El llamado al ministerio”, en el libro *El Arte de Profetizar*, escrito por William Perkins en 1605.

para convencerlo de su pecado (vv. 19-22). Esto indica cómo Eliú analiza los sufrimientos de Job. Lo importante, según Eliú, es que cada persona tenga cerca de él o de ella *"algún elocuente mediador muy escogido, que anuncie al hombre su deber; que le diga que Dios tuvo de él misericordia, que lo libró de descender al sepulcro, que halló redención"* (vv. 23-24).

En el contexto del libro de Job, Eliú se está refiriendo a sí mismo. Él se considera el *"elocuente mediador"* que Job necesita. No obstante, a pesar de acertar en la teoría de la predicación, en la práctica Eliú no era lo que él reclamaba ser. Más bien, él representa a tantos predicadores hoy en día que ocupan el púlpito, pero no tienen palabra de Dios. No son Sus mensajeros. Son falsos profetas, que lejos de ayudar al pueblo, lo confunde más cada vez que predicán.

Aunque nos parezca extraño, Dios determinó que las palabras de Eliú sean parte de las Escrituras, y como tal podemos aprender mucho de ellas. A pesar de equivocarse en su análisis de los sufrimientos de Job y a pesar de no ser un verdadero predicador, la teoría de la predicación que el presenta aquí es acertada. El Dios que una vez habló por medio de un burro y también por un falso profeta (Nm. 22:28; 23:5), habla aquí por medio de uno de los malos amigos de Job.

1. LA FIGURA DEL PREDICADOR (vv. 23a)

En la primera parte del v. 23, Eliú establece la naturaleza del ministerio de la predicación: *"Si tuviese cerca de él algún elocuente mediador muy escogido"*. La Biblia de Jubileo traduce el v. 23 en la siguiente manera: *"Si tuviera cerca de él un mensajero, un intérprete, uno entre mil, que mostrare al hombre su rectitud"*. Esta traducción refleja mejor el texto original y nos enseña tres cosas acerca del predicador: es un *"mensajero"*, un *"intérprete"*, *"uno entre mil"*. Estas tres cosas resumen la naturaleza del ministerio de la predicación.

a. El predicador es un MENSAJERO

La palabra, *"elocuente"*, en la Reina Valera, realmente significa *"mensajero"*, tal como lo tenemos en la Biblia de Jubileo. Es la traducción del término **'malak'**, en hebreo. Esta palabra muchas veces se usa para los ángeles, considerando que ellos son los mensajeros de Dios (Gn. 16:7); también se usa para los mensajeros humanos (Gn. 32:3). El libro de Malaquías es un mensaje profético que vino por medio de un **'malak'** (Mal. 1:1). Este no era su nombre propio, sino su título.

Todo predicador debe entender que es un mensajero de Dios. Las cartas del Señor a las siete iglesias de Apocalipsis lo confirman. El pastor de cada congregación es conocido como el *"ángel de la iglesia"* (Ap. 2:1, 8, 12, etc.). Su tarea principal era comunicar a los miembros de la iglesia el mensaje del Señor. ¡Qué solemne responsabilidad!

Este título nos enseña que el predicador no es llamado a comunicar sus ideas a la iglesia. Él es un *'embajador'* o *'mensajero'*, llamado por el Señor y encomendado con la tarea de transmitir los mensajes del Señor a Su pueblo. Por eso el apóstol Pedro exhorta a los que predicán, diciendo: *"Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios"* (1 P. 4:11).

Las implicancias para los que predicán son inmensas. Debemos evidenciar nuestra fidelidad al que nos llamó, comunicando la Palabra de Dios; no nuestras ideas al respecto. Es más, debemos predicar en tal manera que la congregación entienda que **es** *'palabra de Dios'*.

Su Palabra es pura; por lo tanto, debemos exponerla con toda la pureza posible, tanto en nuestra exégesis, como en la aplicación de las Escrituras a la vida de los creyentes. Eso exige de nosotros mucho esfuerzo para entenderla correctamente y saber cómo aplicarla, según la voluntad de Dios.

Por ser la Palabra de Dios, el predicador debe procurar transmitirla con el poder de lo alto, para que la congregación sienta que es una palabra poderosa. Las Escrituras son el resultado de la inspiración del Espíritu Santo; por lo tanto, el predicador debe exponerla con la unción del Espíritu. El Espíritu Santo quiere hablar por medio de la Palabra, y el predicador es responsable por que eso ocurra.

Los que somos llamados a predicar, debemos hacerlo con sencillez y a la vez con poder espiritual. De esta manera, los asistentes más humildes entenderán la Palabra de Dios, y los intelectualmente más dotados queden convencidos delante de Dios. Muchos felicitan al predicador por su conocimiento intelectual y su oratoria, pero como William Perkins asevera: "lo que recomienda un predicador a Dios y a su propia conciencia es que predica con la sencillez apropiada a la audiencia, y lo hace con tanto poder que el pecador cae bajo convicción y se da cuenta que Dios está presente"². Si somos mensajeros de Dios, glorifiquemos al Espíritu de Dios en nuestra predicación, no a nosotros mismos.

Finalmente, si el predicador es un mensajero de Dios, los que escuchan su mensaje deben prestar mucha atención a lo que dice. Deben procurar escuchar a Dios a través de Su mensajero. Para lograr eso, deberán oír la prédica alegremente, de buena voluntad y con reverencia, dispuestos a obedecer todo lo que el Señor les diga. Si en algún momento, el mensaje nos confronta, no debemos molestarnos con el predicador. Es Dios hablándonos a través de él.

El predicador tiene una gran responsabilidad delante de Dios, y la iglesia debe respetarlo por su llamado. Tanto el que predica como los que oyen deben orar cada semana, pidiendo a Dios que el predicador cumpla su cometido.

b. El predicador es un INTÉRPRETE

El término para "*mediador*" es '*luts*' (Job 33:23). La Biblia de Jubileo traduce esta palabra, "interprete". Dicho vocablo se usa en Génesis 45:23 para el "*intérprete*" que actuó como intermediario entre José y sus hermanos cuando ellos se presentaron ante la corte de Egipto. En 2 Crónicas 32:31, este término tiene el sentido de 'embajador' (ver también la NTV), aunque la RV 1960 traduce, "*mensajeros*".

Una de las metas importantes de la salvación es la reconciliación entre Dios y el hombre. Esta es una tarea que abarca la intervención de varios agentes. Dios el Padre es el autor de la reconciliación: "*Dios... nos reconcilió consigo mismo*" (2 Co. 5:18). Lo hizo por medio de Su Hijo. Fue "*por Cristo*" y "*en Cristo*" que nos reconcilia (2 Co. 5:18-19). El Espíritu Santo se encarga de asegurar al creyente que ha sido perdonado y restaurado a una comunión íntima con el Padre. El instrumento de la reconciliación es el evangelio, revelado en las Escrituras. El papel del predicador es el de 'embajador' o 'intérprete' del mensaje de la reconciliación: "*Dios... nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros...*" (2 Co. 5:19-20).

Lo que el predicador debe hacer es exponer y explicar el plan de salvación, particularmente la manera en que el pecador puede ser reconciliado con Dios. Dios le concede la autoridad para proclamar el mensaje de salvación y hacer buen uso de los métodos por medio del cual la reconciliación se lleva a cabo.

Para cumplir este papel, el predicador debe tener la "*lengua de sabios, para saber hablar palabras al cansado*", tal como Cristo la tuvo (Is. 50:4). La persona que está "*cansada*" por llevar la carga del pecado y la convicción del Espíritu Santo necesita escuchar una palabra apropiada para su consolación espiritual. El predicador no lo podrá hacer si no tiene la "*lengua de sabios*". Lo que la NTV llama: "*Sus palabras de sabiduría*", y la NVI, "*una lengua instruida*".

² William Perkins, *The Art of Prophesying*, Banner of Truth (1996; primera edición, 1592), p. 87.

Tal persona tendrá un buen conocimiento del evangelio. Además, necesita tener una clara experiencia personal del evangelio. Solo con estas dos cosas podrá ser un buen 'embajador' o 'intérprete' para otros. Para ambas cosas, depende del Espíritu Santo. Su responsabilidad es tomar las Escrituras y 'comérselas', tal como Dios le ordenó a Ezequiel hacer (Ez. 2:7 – 3:4). El apóstol Juan hizo lo mismo en Patmos (Ap. 10:8-11). Nadie está preparado para predicar el evangelio a las naciones si no ha estudiado profundamente y digerido internamente la Palabra de Dios. Esto es lo que convierte a una persona en un verdadero predicador; nada más lo puede hacer. Ningún seminario o título teológico nos dará la habilidad de 'interpretar' el evangelio para otros. Tenemos que recibirlo directamente del Espíritu Santo.

Es imposible ser un 'intérprete' de Dios para otros si no tenemos la mente de Cristo. Dios revela Sus verdades a los futuros predicadores por medio del Espíritu Santo (1 Co. 2:10). Por eso el apóstol Pablo afirma:

"... nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu..."

1 Corintios 2:11b-13

El predicador no puede confiar en sus propios estudios y conocimiento. Luego de estudiar las Escrituras y hacer uso de las ayudas bibliográficas que tiene a su disposición, debe clamar a Dios, diciendo: "Abre mis ojos, y miraré las maravillas de Tu ley" (Sal. 119:18). Conocer estas "maravillas" requiere la iluminación del Espíritu Santo; y exponerlas, exige tener la "lengua de sabios".

Además de esto, el que predica la Palabra debe apartarse de todo pecado, procurando la santidad en el temor de Dios. No tendrá el derecho de interpretar la reconciliación con Dios a otros, si él mismo está viviendo en el pecado.

"Muchos pastores tienen un buen conocimiento de la Biblia y saben interpretarlas correctamente; no obstante, pocos se convierten bajo su ministerio. Algunos de sus oyentes experimentan la salvación, pero esto ocurre solo porque Dios desea demostrar que el poder del evangelio no radica en la persona que predica, sino en el mismo mensaje del evangelio. Los pocos convertidos bajo dichos ministerios nos enseña que Dios detesta cualquier persona que procura reconciliar a otros con Dios mientras él mismo no esté reconciliado" (William Perkins, *El Arte de Profetizar*, p. 92).

Esto significa que antes de predicar a otros debemos dirigirnos a nosotros mismos. Debemos ser nuestros propios 'intérpretes' del mensaje de Dios, aplicando Su Palabra a nuestras conciencias. Cuando lo hacemos, estaremos en buenas condiciones para predicar a los demás.

c. El predicador es ESCASO

La tercera cosa que Eliú afirma acerca de un predicador es que es "muy escogido" (Job 33:23). El texto en hebreo significa: 'uno entre mil'. Lo que quiere decir Eliú es que hay una escasez de verdaderos 'mensajeros' de Dios; de aquellos que son verdaderos 'intérpretes' de la voluntad divina. Esto es cierto entre los hombres en general, pero también es cierto entre los que ocupan el púlpito. Hoy en día hay muchos pastores; muchos hombres que están al frente de congregaciones cristianas. Pero hay que reconocer que pocos son verdaderos portavoces de Dios.

Nuestra experiencia lo confirma. Entre la población en general, pocos se dedican al ministerio, y entre ellos icuán pocos merecen el título de 'heraldo' o 'profeta' de Dios! La escasez de pastores se debe, en primer lugar, al menosprecio de esta profesión. Los incrédulos se mofan de los pastores, porque ellos hablan en contra de sus pecados. Por eso, el ministerio cristiano no figura entre las profesiones más solicitadas por la juventud.

Además, es sumamente difícil cumplir bien el ministerio de 'profeta'. No es fácil para el ser humano estar en la presencia de Dios de tal modo que escuchamos lo que Él quiere decir a Su pueblo, y luego ser el portavoz de Dios a ellos, interpretando bien el mensaje divino y aplicándolo apropiadamente, sin dejar que nuestra carne o nuestro ego se entremeta.

El predicador debe dedicarse a estudiar la revelación ya dada por Dios en las Escrituras. Debe aprender a interpretar bien, tanto la ley de Dios en el Antiguo Testamento, como el evangelio en el Nuevo Testamento. Luego tiene que saber cómo transmitir el mensaje de Dios en forma clara y poderosa a la congregación, de tal manera que no solo escuchen la Palabra de Dios, sino que sean profundamente impactados por ella.

Con razón el apóstol Pablo exclamó: "¿Quién es suficiente para estas cosas?" (2 Co. 2:16). La respuesta a su pregunta fue: "nuestra suficiencia viene de Dios" (2 Co. 3:5). Solo Él nos puede hacer "*ministros competentes*" (2 Co. 3:6). Por eso, es comprensible la falta de ministros. ¿Quién se dedicaría al pastoreo de la grey de Dios a no ser que el Señor mismo lo llame y la iglesia se lo demande?

Un tercer factor que explica la escasez de buenos ministros es la falta de apoyo económico. Aunque hay excepciones, especialmente en las ciudades grandes, pocas iglesias ofrecen al pastor una remuneración adecuada. Por eso, los más hábiles e inteligentes en las iglesias se dedican a otras profesiones, menos al ministerio pastoral. Hasta que cambiemos esta realidad, no superaremos la escasez de verdaderos ministros de Dios en los púlpitos.

Esta triste escasez nos desafía a promover más la formación e implementación de "escuelas de profetas". Buenos seminarios e institutos bíblicos, donde los jóvenes pueden recibir una excelente formación ministerial. Lamentablemente, Satanás se encarga de financiar centros de formación pastoral que distorsionan la Palabra de Dios y deforman a los ministros. Los creyentes debemos apoyar mucho más los seminarios evangélicos, para que aquellos a quienes el Señor llame tengan una buena formación espiritual.

Si los 'profetas' de Dios son 'uno entre mil', entonces no hagamos nada para disminuir su número. Más bien, hay que procurar incrementarlos. Para eso, los que son buenos ministros del evangelio deben encargarse de la formación de nuevos elementos en su iglesia, enseñándoles bien la Palabra de Dios y motivándolos a considerar el llamado de Dios al ministerio.

Este apoyo ministerial debe ir de la mano con el apoyo de los padres cristianos. Lejos de desanimar a sus hijos de estudiar en un seminario, ellos deben animarlos a hacerlo si es que muestran evidencias del llamado de Dios.

Los que estudian para ser 'profetas' de Dios, debe esforzarse por lograr la mejor preparación posible. No deben escatimar sus esfuerzos, sino aspirar a ser excelentes estudiantes. También deben invertir en su propia formación, obteniendo elementos bibliográficos que complementarán las clases y les ayudarán a seguir preparándose a lo largo de su vida ministerial.

Además, cuán importante es mantener una buena comunión entre consiervos. Si los 'mensajeros' de Dios son tan escasos, necesitan animarse mutuamente por medio de la comunión cristiana; apoyándose y no criticando el uno al otro por detalles teológicos o ministeriales.

Si hay tan poco siervos de Dios, nos compete orar al Señor de la mies que levante y envíe más obreros. Solo Dios es capaz de llamar y formar a un verdadero profeta. Si amamos al pueblo de Dios, debemos doblar nuestras rodillas diariamente y pedir que Él levante más obreros dignos de ser Sus 'mensajeros'.

Oremos también por una doble porción de Su Espíritu sobre ellos, porque los tiempos en que vivimos son tan apremiantes.

Finalmente, los que tenemos el privilegio de escuchar a uno de esos 'profetas' de Dios, hagámoslo con agrado y esmero. Si hay tan pocos verdaderos ministros, demos gracias a Dios que tenemos uno al frente nuestro y aprovechemos cada oportunidad de escuchar la Palabra de Dios de sus labios.

2. EL MINISTERIO DEL PREDICADOR (vv. 23b-24)

Luego de describir la figura del predicador (v. 23a), Eliú pasa a detallar el ministerio que debe ejercer bajo la dirección de Dios.

*"Que anuncie al hombre su deber;
Que le diga que Dios tuvo de él misericordia,
Que lo libró de descender al sepulcro,
Que halló redención"*

Job 33:23b-24

Según Eliú, cuando Dios castiga al pecador con el fin de conducirlo hacia el arrepentimiento (Job 33:19-22), lo que necesita es una persona que cumpla el papel de profeta, hablando de parte de Dios y llevándolo hacia la salvación. Esa es la tarea del 'mensajero' de Dios, el 'mediador', el 'uno entre mil' (v. 23). Lo que tal 'profeta' debe hacer es comunicar el evangelio de Dios, que Eliú resume en cuatro frases:

- *"anuncie al hombre su deber".*
- *"le diga que Dios tuvo de él misericordia".*
- *"le diga... Que lo libró de descender al sepulcro".*
- *"le diga... Que halló redención".*

A la luz de esta afirmación, la primera tarea del predicador es anunciar al pecador que está bajo la convicción de pecado lo que Eliú llama *"su deber"*. El término en hebreo es '**yosher**', que significa 'rectitud'. En algunos casos, esta palabra apunta a la responsabilidad que el creyente tiene ante Dios. Por ejemplo, cuando el Señor estableció un pacto con Salomón, le dijo: *"Si tú anduvieres delante de Mí como anduvo David tu padre, en integridad de corazón y en equidad ('yosher'), haciendo todas las cosas que Yo te he mandado, y guardando Mis estatutos y mis decretos"* (1 R. 9:4). Lo que Dios le está recalcando a Salomón es que como creyente tiene la responsabilidad de andar conforme a los mandamientos de Dios.

Sin embargo, aquí en Job 33:23b, la palabra apunta, no tanto a lo que el ser humano debe hacer, sino a lo que Dios hizo por el pecador. Dios sabe que no hay justo, ni aún uno; no hay quien haga lo que es recto todo el tiempo (Ro. 3:10-12). ¡Ese es el dilema del pecador! Debe ser justo, pero no puede serlo por su naturaleza pecaminosa. La esencia del evangelio es que, en Cristo, Dios hizo todo lo que es necesario para la salvación. La responsabilidad del pecador es creer las buenas noticias de la salvación divina.

Cuando Dios salvó a Israel de la esclavitud en Egipto y los condujo a la Tierra Prometida, tuvo el cuidado de aclarar lo siguiente: *"No por tu justicia, ni por la rectitud ('yosher') de tu corazón entras a poseer la tierra de ellos..."* (Dt. 9:5). Esta es la esencia de la salvación por gracia. Dios nos salva, no por nuestros méritos, sino por los méritos que Él nos otorga en Cristo.

Al comentar sobre Job 33:23b, William Perkins afirma:

"Cuando el pecador, por medio de la predicación de la ley divina, llega a entender su condición espiritual delante de Dios, y luego, por la predicación

del evangelio, alcanza a tener fe en Cristo, entonces la responsabilidad del predicador es "*anunciar al hombre su deber*"; es decir, proclamar que está en la condición de ser 'recto' delante de Dios. Aunque él mismo sea enfermizo y vil por su pecado, tal como la ley de Dios lo demuestra, Dios lo declara justo y recto delante de Él. Es más, dicha persona es justificada en tal manera que ya no es considerada un pecador en la presencia de Dios. Esta es la justicia o 'rectitud' que el creyente tiene; esta es la justificación del pecador. El deber del predicador es anunciar esta rectitud a todo aquel que se arrepiente y confía en Dios para su salvación" (p. 102).

En Hechos 20:21, el apóstol Pablo declara cómo cumplió su ministerio evangelístico, "*testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo*". Su meta era llevar a las personas al arrepentimiento de sus pecados y a confiar en la vida y muerte de Cristo. Lo hacía, anunciando a todos el perdón de los pecados y la salvación perfecta que Dios nos da en Cristo.

Resumiendo, concluimos que la primera tarea del predicador consiste en mostrar a los pecadores dónde hallar la verdadera rectitud. Está en Cristo Jesús. Luego, debe aclarar cómo se recibe la rectitud de Dios. Es por medio del arrepentimiento, cuando uno niega su propia rectitud y rechaza la tentación de lograrla por sus propios esfuerzos. Además, debe aferrarse a Cristo y confiar en Su rectitud.

Además de proclamar esta 'rectitud', el predicador debe ser testigo de ella, para el bien del pecador. Hay muchos creyentes que tienen una conciencia débil y tienen dudas acerca de la rectitud de Cristo otorgada a su favor. Si el predicador sabe que dichas personas son verdaderos creyentes, tiene la responsabilidad de actuar como el testigo de Dios, con el fin de fortalecer la fe de los débiles. Esto se hace más necesario cuando Satanás acusa al creyente y le hace sentir que no es una persona buena. Ante dichos ataques espirituales, el predicador debe insistir en la verdad del evangelio y la justicia de Dios, y resistir todas las acusaciones del enemigo. Por eso el predicador debe afirmar una y otra vez la doctrina de la justificación por la fe, y consolar las mentes y los corazones de los creyentes débiles. Partiendo de la Palabra de Dios y actuando como Su representante terrenal, el verdadero predicador proclama que todos aquellos que se arrepienten de sus pecados y creen en Cristo son declarados 'rectos' ante los ojos de Dios.

Esta primera responsabilidad del predicador conlleva ciertas conclusiones prácticas. En primer lugar, indica que si una persona insiste en lograr su propia 'rectitud' delante de Dios no está lista para escuchar las promesas del evangelio. Lamentablemente, esto no solo ocurre en la Iglesia Católica, sino también en muchas iglesias evangélicas, donde las personas no se han arrepentido de todo corazón y siguen confiando en sus propios esfuerzos para ser salvos.

En segundo lugar, aprendemos que para poder proclamar al pecador la 'rectitud' de Dios, es necesario predicar tanto la ley como el evangelio. Si no predicamos la ley, no lograremos que las personas se arrepientan; y si no proclamamos el evangelio, no lograremos que las personas confíen en Cristo. La ley de Dios produce el arrepentimiento y el evangelio produce la fe en Cristo.

Aquí está el gran privilegio que tiene todo verdadero predicador. Fue llamado por Dios para cumplir este deber sagrado. El alto privilegio de ser un ministro de Dios le ayuda en momentos cuando el mundo se burla de su trabajo. Además, sirve para humillar al que se burla, porque tal persona no podrá ser salvo aparte del oficio que cumple el más humilde predicador.

Las implicancias para los que escuchan los mensajes de predicadores son claras. Deben prestar mucha atención a cada sermón, porque el que les habla no es poca cosa. Es un 'mensajero', un 'mediador', 'uno entre mil'; y es por medio de dicha persona que Dios anuncia la 'rectitud' que salva eternamente.

Finalmente, las palabras de Eliú nos enseñan el valor de todo verdadero predicador. Una de diez personas podría llegar a ser un buen abogado; una de veinte, un buen médico; una de cien, una persona correcta. Pero un verdadero

ministro es solo uno entre mil. El abogado te puede orientar acerca de tu posición legal ante el estado; un buen doctor puede explicarte cómo está tu cuerpo. Pero nadie puede ayudarte a entender la condición de tu alma si no es un verdadero predicador.